



FERNAND BRAUDEL

LAS AMBICIONES
DE LA HISTORIA

Libros de Historia - @ -

Crítica

PRÓLOGO

Más de un lector familiarizado con la obra y el pensamiento de Fernand Braudel quedará sorprendido por esta recopilación de textos, en la que se mezcla lo inédito con lo ya conocido, pues va a encontrar a buen seguro sus textos más célebres y citados con mayor asiduidad, en Francia y en el extranjero, sobre todo empezando por «la larga duración». Están todos los grandes artículos publicados a finales de los años cincuenta y a principio de los sesenta cuando, tras la muerte de Lucien Febvre, Braudel asume la dirección de los *Annales* y la presidencia de la VI Sección, y aprovecha la ocasión para establecer los puntos orientativos y los objetivos de su «reinado»: el necesario y difícil diálogo entre las ciencias humanas, el papel privilegiado que a su juicio le corresponde a la historia y la propuesta de la larga duración como lengua común para desarrollar este diálogo. Este programa está voluntariamente simplificado, reducido a unas cuantas propuestas esenciales, que serán retomadas y reformuladas regularmente en muchos contextos, pues la intención del autor no es otra que fijar una línea. Esta intención guiará toda su actividad al frente de las instituciones que dirigirá o que creará —como la Casa de las Ciencias del Hombre—, y que siempre defenderá contra todo tipo de resistencias individuales y colectivas, personales, científicas o institucionales con que tropiece en su camino.

El mismo lector se encontrará todavía en territorio conocido al releer, con el prefacio de la primera edición de *El Mediterráneo*, una primera versión, publicada en los *Annales* de 1946 —y por lo tanto, antes de la defensa de la tesis, en marzo de 1947—, del capítulo dedicado al oro de Sudán y la plata de América, versión que será reelaborada por completo en el libro.

Hecha esta concesión a la tradición, establecida a finales de los años sesenta por los *Escritos sobre la historia* (Altaya, Barcelona, 1997), el resto pasó desapercibido en el momento de su publicación o bien permanece actualmente inédito, al menos en francés.

Es el caso del grupo de cinco textos, tres de ellos inéditos, que escanden las etapas sucesivas de la redacción de *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV-XVIII* (Alianza, Madrid, 1984), desde su concepción inicial hasta su publicación. El primero de ellos señala sin duda el primer paso de Fernand Braudel en inglés dentro del mercado norteamericano (*El Mediterráneo* no se tradujo hasta 1973) y, lo que es más importante, en el corazón del sistema de enseñanza universitaria de Historia en Estados Unidos: el manual del *Western Civilization* de la Universidad de Columbia, donde en 1961, tomándose muchas libertades con la leyes del género vigente en la época para este tipo de obras, cuya lectura forma parte del curso obligatorio para todo alumno de Historia, realiza una operación de pesaje global y sistemático de la economía europea en el marco de la economía mundial, entre mediados del siglo XV y mediados del siglo XVII. Ello le permite cuestionar sucesivamente el número y la densidad de población humana, la geografía y la composición de los intercambios comerciales a larga distancia, los precios y los metales preciosos, las producciones agrícolas e industriales, los presupuestos de los Estados, las jerarquías, los ritmos y la cronología del capitalismo, y por último la periodización de ese «largo siglo XVI» convertido en dos, marcado por tan gran número de «crisis y catástrofes».

En el tercer texto, publicado en 1972 en homenaje a Émile James, la reflexión sobre «Estado y economía» que anuncia uno de los temas fundamentales de la conclusión final de la trilogía acabada en 1979, la cual encadena casi de inmediato con «Estado y cultura» —la segunda era «siempre una voz del tiempo pasado, es el Padre reprendiendo al Hijo» y tanto uno como otro contribuyen «al mantenimiento del orden social vigente»—, ilumina en cambio su reacción a la gran crisis de 1968. Una crisis en la que supo ver, más allá de la agitación superficial pronto apaciguada, que era a la vez profunda y duradera y que sus consecuencias sólo serían claramente perceptibles a largo plazo: «¡Una revolución cultural no triunfa nunca de un día para otro!».

Por último, el cuarto texto, una conferencia pronunciada en Leyden en 1975, muestra cómo el tercer volumen, *El tiempo del mundo* (que en el esquema inicial del proyecto sólo existía como un punto de llegada del segundo tomo), ha podido constituir la verdadera respuesta de Fernand Braudel a la crisis económica que empezó en el año anterior: sin inmutarse ante la idea de arrancar una sonrisa en los economistas, escépticos ante referencias como los Kondratieff y los movimientos seculares que les parecen propios de otras épocas, Braudel afirmó en su estilo característico que dicha crisis marcaba un cambio de signo duradero de la economía mundial. Más allá de la «crisis», lo que a su juicio quedaba cuestionado era la jerarquía interna y la geografía mundial del capitalismo.

Los textos del último grupo, por fin, en su mayoría no solamente inéditos sino inconclusos, pertenecen al último gran proyecto braudeliano, el de *La identidad de Francia*. Por su fecha, 1972, el de Coligny al igual que el de la Reforma destinado a las *Mélanges Trevor Roper*, confirmaban lo que ya mostraban los resúmenes de sus dos últimos años de curso (1970-1972) en el Collège de France: este proyecto de una *Historia de Francia* es un proyecto largamente madurado, aun cuando esperaría a haber terminado, en 1979, la trilogía del capitalismo para lanzarse en cuerpo y alma a este proyecto que desde el principio concibe como una reflexión crítica sobre todo un conjunto de realidades, el Estado, la religión popular y culta, la alta cultura, que no parecen entonces, o ya, temas braudelianos por excelencia, aun cuando los abordó todos ellos, de una manera u otra, al principio de su trayectoria como historiador. De las cuatro partes anunciadas, el destino quiso que sólo llegara a terminar de redactar las dos primeras. De ahí el interés de los fragmentos y de los «borradores» de la tercera parte, *Estado, Cultura, Sociedad*. En ellos encontraremos a la vez un eco de los temas ya desarrollados tres años antes, en el capítulo final de *Europa* (1982), y una reafirmación del método braudeliano: la ambición globalizadora de captarlo todo, dispuesto incluso a jugar sobre las escalas del análisis y sobre la jerarquía de los niveles, para abarcar sucesivamente, pero de una sola mirada, la llamada cultura «popular» o la brujería, y el humanismo o la Reforma; la aceptación o el rechazo de esta última como uno de los grandes desafíos que plantea la modernidad a las diferentes regiones de Europa occidental; la negativa a ofrecer únicamente explicaciones monocausales —de lo religioso a través de lo religioso, de lo cultural a través de lo cultural, etc.—; la definición de la sociedad como «el conjunto de los conjuntos»... No hay ninguna concesión a ninguna de las modas de la época, lo cual decepcionará sin duda a más de un crítico puntilloso siempre predispuesto a lamentar que Fernand Braudel se haya atrevido a cazar por tierras que no le pertenecían: Braudel sigue decidido su propio camino sin preocuparse del qué dirán ni del juicio ajeno. Pero esta vez le faltó el tiempo y nos encontramos, definitivamente en esta ocasión, frente a *La identidad de Francia* en la misma situación en la que ya estuvimos durante doce años ante el primer volumen de *Civilización material*, y donde podríamos habernos encontrado ante un *Mediterráneo* al que los azares de la guerra hubiesen dejado incompleto.

Sin embargo, la sorpresa principal va a encontrarla el lector ya en las primeras páginas de este libro, en las tres primeras secciones de la primera parte, con el único de los cuadernos redactados durante su cautiverio y que regularmente enviaba a Lucien Febvre, conservado por el propio autor. Ya conocíamos su contenido por la fotocopia parcial que

el propio Fernand Braudel entregó a principios de los años ochenta a Giuliana Gemelli y que ésta pudo utilizar en su obra. El redescubrimiento muy reciente de este original por parte de la señora Braudel despeja las últimas dudas que podía suscitar la lectura sorprendente de las escasas páginas del prólogo: Fernand Braudel, a finales de 1944, se proyecta hacia el futuro, habla de su cautiverio en pasado y de sus camaradas de infortunio como sus «oyentes de ayer», y de una obra que sin lugar a dudas nunca terminó y que además renunciaría a publicar, como a punto de estarlo, acabada e incluso acompañada por él de «unas notas bibliográficas bastante largas». Se trata en realidad de una veintena de conferencias pronunciadas una primera vez en el campo de Mayence en 1941, una segunda en el de Lübeck, en 1943-1944, y cuyo texto, redactado a partir de las notas de dos de sus oyentes, fue parcialmente corregido por Fernand Braudel entre las líneas y en la página de la izquierda que había dejado en blanco.

El interés de estas páginas, en las que Fernand Braudel precisa los distintos aspectos de su concepción de la historia, es evidente. Es el primer texto que él concibió con idea de presentar a sus oyentes y a sus lectores una visión coherente, y sus páginas se sitúan a un nivel muy distinto de las anticipaciones que pueden identificarse en cualquiera de sus artículos e informes de los años treinta. Constituyen un jalón esencial en la historia de la formación, o al menos de la formulación del pensamiento y la teoría braudelianos, además de contribuir a modificar la representación más comúnmente aceptada de esta historia. Siempre apoyada en ejemplos y en detalles concretos, su reflexión sobre los métodos y ambiciones de la historia no es, o no solamente, una derivación de *El Mediterráneo*, una teorización ex-post, a partir de un libro acabado, hecha por un hombre que nunca olvidaba decir que desconfiaba de las teorías y que nunca ninguna teoría había dado un buen libro de historia. Es una reflexión paralela y la reunión, en este mismo cuaderno de cautiverio, del texto de esas conferencias y de unas «Notas adicionales a introducir en el texto», por entonces casi terminado, de *El Mediterráneo*, toma desde este punto de vista un valor de símbolo: los dos textos se alimentan mutuamente, a lo largo de estos cinco años tan mal conocidos puesto que Fernand Braudel se preocupó de hacer desaparecer (excepción hecha, como ya sabemos, de su correspondencia con Lucien Febvre que esperamos pueda por fin ser publicada) todas las huellas que habrían permitido reconstruir las etapas de su itinerario intelectual, contentándose con decir que «sin su cautiverio, sin duda habría escrito un libro muy distinto...». Del Braudel de los años veinte y treinta seguimos sabiendo muy poco y casi todo lo poco que sabemos está reinterpretado y resituado en perspectiva por él mismo con la distancia del tiempo.

Esas cerca de ochenta páginas nos permiten acceder al Braudel de los años decisivos del cautiverio.

No nos sorprenderá ver desarrollados muchos temas que luego no recuperará hasta quince años después, en los artículos de método de finales de los años cincuenta: la crítica de la historia evenemencial —expresión cuya paternidad sigue atribuyendo a François Simiand (y no, antes que él, a Paul Lacombe, como descubrirá más adelante); la exigencia de una «gran, de una profunda historia ... una historia de los hombres vista en sus realidades colectivas, en la evolución *lenta* de las *estructuras* según las palabras de moda hoy: estructuras de los Estados, de las economías, de las sociedades, de las civilizaciones...»: una referencia a las estructuras que podemos comparar con las reticencias de Lucien Febvre ante el uso reiterado en exceso del término «hasta en los *Annales*»; la concepción de esta historia profunda como historia social colectiva, y dialogando por ello en pie de igualdad con las otras «ciencias sociales» o «ciencias de lo social», «más científicas que la historia, mejor articuladas que ella en relación a la masa de los hechos sociales ... deliberadamente centradas en lo actual, es decir en la vida ... [trabajando] todas ellas ... sobre lo que puede verse, medirse, tocarse con los dedos». Frente a los geógrafos, etnólogos y etnógrafos, estadísticos, economistas y juristas, al historiador le corresponde plantearse las mismas preguntas, pero en relación al pasado. «De ahí la necesidad de llegar a su *presente*, igual que ellos se sumergen en *nuestro* pasado; de tener en cuenta sus análisis y sus investigaciones, sus explicaciones y, si se da el caso, sus leyes...»

Podríamos multiplicar las citas, pero en resumen se trata de que, aun cuando no se llegue a pronunciar el nombre, el marco de referencia es ya el del gran artículo futuro sobre la larga duración. Y a lo largo de las siguientes páginas encontramos la que será la actitud recurrente de Fernand Braudel quince o veinte años después: la estrecha asociación entre la afirmación de la necesidad del diálogo y la crítica sistemática de los errores e insuficiencias de los mismos con quienes se debería poder discutir, geógrafos, economistas, juristas u otros... Como si el diálogo fuese a la vez necesario e imposible, y como si sólo pudiese desarrollarse en las condiciones impuestas por los historiadores: ¿quiere eso decir que «el imperialismo de la historia» es inevitable?

Queda lo esencial: cuando a finales de los años cincuenta Fernand Braudel se ve promocionado para asumir responsabilidades institucionales que desempeñará durante más de quince años, a la hora de fijar el rumbo podrá apoyarse en una reflexión largo tiempo madurada, entre Mayence y Lübeck, en el aislamiento del cautiverio. Un aislamiento poblado de amistades, de sueños, de esperas y de voluntad a la vez de comprender y de sobrevivir, y de comprender para sobrevivir. No hay otro ca-

mino, queda claro, que tomar la historia en serio en el sentido más fuerte de la palabra. Pero es imposible también no preguntarnos si no fue el cautiverio el lugar donde maduró a la vez la obra y el historiador. Sin él, no solamente la primera sino también el segundo habrían sido, no hay duda, diferentes.

M. A.

V. LA LARGA DURACIÓN*

Este ensayo, publicado a menudo en francés, traducido y retraducido, es el más conocido de los artículos de Fernand Braudel y donde seguramente ha desarrollado una reflexión absolutamente original. Como responsable de los Annales tras la muerte de Lucien Febvre, intentó, a través del concepto de larga duración, definir un gran tema de orientación y de investigaciones que fuera capaz de abrir posibilidades de acercamiento entre la historia y las demás ciencias del hombre.

Aunque este texto tuvo de inmediato una extraordinaria repercusión en el mundo de los historiadores, Fernand Braudel se manifestó a menudo decepcionado porque el llamamiento que contenía no obtuvo demasiada respuesta entre las ciencias sociales «de lo actual», como él las llamaba; en cambio, extrañamente, tanto la palabra como el concepto de «larga duración» han pasado hoy a la lengua corriente, la de los periodistas e incluso de los políticos.

Hay crisis general en las ciencias humanas. A todas las abrumba su propio progreso, aun cuando sólo fuera debido a la acumulación de nuevos conocimientos y a la necesidad de un trabajo colectivo, cuya organización inteligente sigue pendiente. Directa o indirectamente, a todas las afecta, quieranlo o no, el progreso de las más ágiles, aunque sin embargo continúan soportando el lastre de un humanismo retrógrado, insidioso, que ya no puede servirles de marco de referencia. Todas, con mayor o menor lucidez, se preocupan por el lugar que ocupan en el conjunto monstruoso de las investigaciones, nuevas o antiguas, cuya necesaria convergencia se vislumbra ya.

* *Annales E.S.C.*, octubre-diciembre de 1958, rúbrica: «Debates y combates», pp. 725-753. Recogido en *Écrits sur l'Histoire*, 1969.

¿Las ciencias del hombre superarán estas dificultades mediante un esfuerzo añadido de definición o un incremento de mal genio? Quizás alimentan la ilusión de que así sea, pues (a riesgo de insistir en viejos desatinos o falsos problemas) las vemos preocupadas, hoy más incluso que ayer, por definir sus objetivos, sus métodos, sus superioridades. Las tenemos rivalizando, embarulladas en pleitos sobre las fronteras que las separan o no las separan, o que a duras penas las separan de las ciencias vecinas. Pues cada una de ellas sueña, en realidad, con permanecer o regresar por sus fueros... Algunos estudiosos aislados organizan algunos acercamientos; por ejemplo, Claude Lévi-Strauss¹ lleva la antropología «estructural» hacia los métodos de la lingüística, los horizontes de la historia «inconsciente» y el imperialismo juvenil de las matemáticas «cualitativas». Lévi-Strauss tiende hacia una ciencia capaz de unir, bajo el nombre de *ciencia de la comunicación*, la antropología, la economía política, la lingüística... Pero ¿quién está dispuesto a cruzar fronteras, quién está dispuesto a estos reagrupamientos? ¡Por un quítame allá esas pajas la propia geografía se divorciaría de la historia!

Pero no seamos injustos; estas disputas y rechazos tienen su interés. El deseo de afirmarse contra las demás forzosamente determina nuevas curiosidades: negar al prójimo es ya conocerlo. Es mucho más, sin quererlo explícitamente, las ciencias sociales se imponen unas a otras y cada una tiende a captar lo social globalmente, en su «totalidad»; cada una invade el territorio de sus vecinas creyendo que sigue en su propia casa. La economía descubre la sociología que la limita, la historia —tal vez la menos estructurada de las ciencias humanas— acepta todas las lecciones de su vecindad múltiple y se esfuerza en transmitir las. Así, pese a las reticencias, las oposiciones, las tranquilas ignorancias, se está esbozando la creación de un «mercado común». Valdría la pena que en el decurso de los próximos años se intentara hacerlo realidad, aun cuando, más tarde, a cada ciencia pudiese convenirle retomar durante algún tiempo un camino más estrictamente personal.

Pero, primero y ante todo, acercarse. Es urgente proceder a esta operación de acercamiento. En Estados Unidos dicha reunión tomó la forma de estudios colectivos sobre las áreas culturales del mundo actual, los *area studies* eran, ante todo, el estudio realizado por un equipo de *social scientists*, de esos monstruos políticos del presente: China, India, Rusia, América Latina, Estados Unidos. ¡Conocerlos es una cuestión vital! Sin embargo, dentro de esta puesta en común de técnicas y conocimientos conviene que cada uno de los participantes no se quede inmerso en su trabajo particular, ciego o sordo como hasta ayer a lo que dicen, escriben o piensan

1. *L'Anthropologie structurale*, Plon, París, 1958, *passim* y sobre todo p. 329.

los demás. Es preciso que la aglutinación de las ciencias sociales sea completa, que no se descuide a las más antiguas a favor de las más jóvenes, capaces de prometer tanto pero no siempre de cumplir. Por ejemplo, el lugar que dentro de estos proyectos americanos se concede a la geografía es prácticamente nulo, y extremadamente exiguo el que se concede a la historia. Aunque, en definitiva, ¿de qué historia estamos hablando?

Las demás ciencias sociales están bastante mal informadas de la crisis que atravesó nuestra disciplina durante los últimos veinte o treinta años. Tienden a ignorar tanto el trabajo de los historiadores como un aspecto de la realidad social que tiene en la historia una buena sirvienta, ya que no siempre a una hábil vendedora: esa duración social, esos tiempos múltiples y contradictorios de la vida de los hombres, que no constituyen solamente la sustancia del pasado sino también el valor de la vida social actual. Razón de más para señalar con vehemencia, en el debate que se instaura entre todas las ciencias humanas, la importancia, la utilidad de la historia, o más bien de la dialéctica de la duración, tal como se desprende del oficio, de la observación repetida indefinidamente, entre el instante y el tiempo lento en su transcurrir. Ya se trate del pasado o de la actualidad, es indispensable para una metodología común de las ciencias humanas tener una conciencia nítida de la pluralidad del tiempo social.

Me referiré por tanto a la historia, al tiempo de la historia, no tanto pensando en los lectores de esta revista, especialistas en nuestros estudios, como en nuestros vecinos de las ciencias humanas: economistas, etnógrafos, etnólogos (o antropólogos), sociólogos, psicólogos, lingüistas, demógrafos, geógrafos e incluso matemáticos sociales o estadísticos; todos ellos vecinos a los que desde hace años hemos seguido en sus experiencias e investigaciones porque nos parecía (y sigue pareciéndonos) que, a remolque suyo o en contacto con ella, la historia adquiere un nuevo aspecto. Quizá nosotros tengamos algo que ofrecerles. De las experiencias y tentativas recientes de la historia se desprende —conscientemente o no, aceptada o no— una noción cada vez más precisa de la multiplicidad del tiempo y del valor excepcional del tiempo largo. Esta última noción, más que la historia misma —la historia de los cien rostros—, debería interesar a las ciencias sociales, nuestras vecinas.

HISTORIA Y DURACIONES

Todo trabajo histórico descompone el tiempo pasado, escoge entre sus realidades cronológicas, conforme a unas preferencias y exclusivas más o menos conscientes. La historia tradicional, atenta al tiempo breve, al indi-

viduo, al acontecimiento, nos tiene acostumbrados desde hace mucho tiempo a su relato precipitado, dramático, de corto aliento.

La nueva historia económica y social sitúa en primer plano de su investigación la oscilación cíclica y apuesta por su duración; también ella ha caído en el espejismo, en la realidad también de los ascensos y descensos cíclicos de los precios. Existe entonces hoy, junto al relato (o al «recitativo» tradicional), un recitativo de la coyuntura que presenta el pasado en secciones prolongadas, es decir, periodos de diez, de veinte, de cincuenta años.

Bastante más allá de este segundo recitativo se sitúa una historia de aliento más sostenido aún, esta vez de dimensión secular, es decir, la historia de larga, e incluso muy larga, duración. La fórmula, adecuada o no, se me ha hecho familiar en mi intento por designar lo contrario de lo que François Simiand, uno de los pioneros después de Paul Lacombe, bautizara como historia evenemencial. Poco importan estas fórmulas; en todo caso, es de una a otra, de un polo a otro del tiempo, de lo instantáneo a la larga duración, donde se situará nuestra discusión.

Esto no significa que estas palabras ofrezcan una absoluta seguridad. Es lo que ocurre con la palabra *acontecimiento*. En lo que a mí se refiere, me gustaría aislarla, aprisionarla en la corta duración: el acontecimiento es explosivo, «noticia clamorosa» según se decía en el siglo xvi. Su humo excesivo llena la conciencia de los contemporáneos, pero no dura demasiado y apenas llegamos a ver su llama.

Los filósofos sin duda nos dirían que eso es vaciar la palabra de buena parte de su sentido. Un acontecimiento, en sentido estricto, puede cargarse con una serie de significados o de relaciones. Refleja a veces movimientos muy profundos, y mediante el juego facticio o no de las «causas» y de los «efectos», que tanto gustaban a los historiadores de ayer, se incorpora un tiempo muy superior al de su propia duración. Extensible hasta el infinito, se une, libremente o no, a toda una cadena de acontecimientos, de realidades subyacentes e imposibles de separar unas de otras por lo que parece. Gracias a este juego de adiciones, Benedetto Croce podía pretender que en todo acontecimiento, la historia entera, el hombre entero, se incorporan y luego se redescubren a voluntad. A condición, no cabe duda, de añadir a este fragmento lo que no contiene a primera vista y por lo tanto saber lo que es justo —o no— agregarle. Las reflexiones más recientes de Jean-Paul Sartre proponen precisamente este juego inteligente y peligroso.²

Entonces, digámoslo más claramente, en lugar de lo evenemencial, el tiempo corto, a la medida de los individuos, de la vida cotidiana, de nues-

2. Jean-Paul Sartre, «Questions de méthode», *Les Temps modernes*, 1957, nºs 139 y 140.

tras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conciencia —el tiempo por excelencia del cronista, del periodista. Ahora bien, subrayémoslo, crónica o periódico ofrecen junto a los grandes acontecimientos calificados de históricos, los mediocres accidentes de la vida diaria, como son un incendio, una catástrofe ferroviaria, el precio del trigo, un crimen, una representación teatral o una inundación. Todo el mundo entiende entonces que haya un tiempo corto de todas las formas de la vida, económica, social, literaria, institucional, religiosa, geográfica incluso (un vendaval, una tempestad), tanto como política.

A primera vista, el pasado es esta masa de nimios hechos, unos llamativos y otros grises, que se repiten indefinidamente, esos mismos que constituyen en la actualidad el botín cotidiano de la microsociología o la sociometría (existe también una microhistoria). Pero esta masa no constituye toda la realidad, todo el grosor de la historia sobre la que puede trabajar con comodidad la reflexión científica. La ciencia social casi siente horror del acontecimiento. No le falta razón, pues el tiempo de corta duración es la más caprichosa y engañosa de las duraciones.

De ahí que algunos de nosotros, historiadores, sintamos una intensa desconfianza respecto a una historia tradicional, llamada evenemencial, una etiqueta que suele confundirse con la de historia política, cosa que encierra una cierta inexactitud, ya que la historia política no es forzosamente evenemencial ni está condenada a serlo. Es un hecho, sin embargo que, salvo los cuadros facticios, casi carentes de espesor temporal, de los que la historia extraía sus relatos,³ salvo las explicaciones de larga duración de la que había que abastecerla, es un hecho que en conjunto la historia de los últimos cien años, casi siempre política, centrada en el drama de los «grandes acontecimientos», ha trabajado sobre el tiempo corto. Esta fue quizá la contrapartida a los progresos realizados, en este mismo periodo, en la conquista científica de instrumentos de trabajo y de métodos rigurosos. El descubrimiento masivo del documento le hizo creer al historiador que toda la verdad se encontraba en la autenticidad documental. «Basta con —escribía hace no mucho tiempo Louis Halphen —, en cierto modo, dejarse llevar por los documentos, uno tras otro, tal y como se nos presentan para ver que la cadena de hechos se reconstruye casi automáticamente».⁴ Este ideal, «la historia en estado naciente», condujo hacia finales del siglo XIX a una crónica de un nuevo estilo que en su ambición de exactitud siguió paso a paso la historia evenemencial tal y como se desprende de la correspondencia entre embajadores o de los debates parlamentarios. Los

3. «L'Europe en 1500», «le Monde en 1880», «l'Allemagne à la veille de la Réforme»...

4. Louis Halphen, *Introduction à l'Histoire*, P.U.F., París, 1946, p. 50.

historiadores del siglo XVIII y de principios del XIX habían seguido con mucha mayor atención las perspectivas de la larga duración, que por lo demás sólo grandes inteligencias como un Michelet, un Ranke, un Jacob Burckhardt, un Fustel, supieron redescubrir. Si se acepta que esta superación del tiempo breve ha sido el bien más valioso, por ser también el más escaso, de la historiografía de los últimos cien años, se comprenderá el eminente papel de la historia de las instituciones, de las religiones, de las civilizaciones, y gracias a la arqueología, que requiere amplios espacios cronológicos, el papel de vanguardia de los estudios dedicados a la antigüedad clásica. En el pasado, estos estudios salvaron nuestro oficio.

La reciente ruptura con las formas tradicionales de la historia del siglo XIX no ha significado una ruptura total con el tiempo breve. Como se sabe, ha actuado a favor de la historia económica y social, en detrimento de la historia política. De ahí derivó la transformación y una innegable renovación; de ahí, inevitablemente, los cambios de método, los desplazamientos de los centros de interés, con la entrada en escena de una historia cuantitativa que sin duda no ha pronunciado aún su última palabra.

Pero sobre todo se produjo una alteración del tiempo histórico tradicional. Un día, un año podían parecerles buenas medidas a un historiador político, eso sucedía ayer. El tiempo era una suma de días. Pero una curva de precios, una progresión demográfica, el movimiento de los salarios, las variaciones de la tasa de interés, el estudio (más soñado que realizado) de la producción, un análisis riguroso de la circulación reclaman medidas mucho más amplias.

Un nuevo modo de relato histórico aparece, llamémosle el «recitativo» de la coyuntura, del ciclo, e incluso del «interciclo», que propone a nuestra elección unos diez años, un cuarto de siglo y, en último extremo, el medio siglo del ciclo clásico de Kondratieff. Por ejemplo, prescindiendo de los accidentes breves y de superficie, los precios suben en Europa, de 1791 a 1817; bajan de 1817 a 1852: este doble y lento movimiento de subida y retroceso representa un interciclo completo para Europa y, casi, para el mundo entero. No cabe duda que esos periodos cronológicos no poseen un valor absoluto. Con otros barómetros, el del crecimiento económico y de los ingresos o producto nacional, François Perroux⁵ nos ofrecería otros hitos, más válidos quizá. Pero poco importan esas discusiones abiertas. El historiador seguramente dispone de un tiempo nuevo, elevado a la altura de una explicación donde la historia puede intentar inscribirse, perfilándose según referencias inéditas, según estas curvas y su propia respiración.

5. Cf. su «Théorie générale du progrès économique», *Cahiers de l'I.S.E.A.*, 1957.

Así es como Ernest Labrousse y sus alumnos iniciaron, a partir de su manifiesto del último Congreso Histórico de Roma (1955), una amplia investigación de historia social, bajo el signo de la cuantificación. No creo traicionar su proyecto si digo que esta investigación conducirá forzosamente a determinar coyunturas (e incluso estructuras) sociales, sin que nada nos garantice previamente que esta coyuntura tenga la misma velocidad o la misma lentitud que la económica. Además, estos dos grandes personajes, que son la coyuntura económica y la coyuntura social, no deben inducirnos a perder de vista a otros actores, cuyo paso será difícil de determinar, tal vez sea indeterminable, al carecer de medidas precisas. Las ciencias, las técnicas, las instituciones políticas, el instrumental mental, las civilizaciones (por emplear este término cómodo) tienen también su ritmo de vida y de crecimiento, y la nueva historia coyuntural solamente estará a punto cuando haya completado su orquesta.

En buena lógica, este recitativo debería, con su misma superación, haber conducido a la larga duración. Pero, por mil razones, la superación no ha sido la regla y ante nuestros ojos se está verificando un retorno al tiempo breve; quizá porque parece más necesario (o más urgente) coser juntas la historia «cíclica» y la historia corta tradicional que ir hacia adelante, hacia lo desconocido. En términos militares se trataría de consolidar posiciones adquiridas. El primer gran libro de Ernest Labrousse, de 1933, estudiaba el movimiento general de los precios en Francia en el siglo xviii,⁶ un movimiento secular. En 1943, en el mejor libro de historia aparecido en Francia durante los últimos veinticinco años, el propio Ernest Labrousse cedía a esta necesidad de regresar a un tiempo menos abrumador, cuando, en lo más profundo de la depresión de 1744 a 1791, señalaba una de las fuentes vigorosas de la Revolución francesa, uno de sus trampolines de lanzamiento. Y todavía recurría a un semiinterciclo, medida larga. Su conferencia en el Congreso Internacional de París, en 1948, «¿Cómo nacen las revoluciones?», se esforzaba en vincular un patetismo económico de corta duración (nuevo estilo), con un patetismo político (muy viejo estilo), el de las jornadas revolucionarias. Así nos encontramos otra vez metidos en el tiempo de corta duración, y hasta el cuello. Por supuesto, es una operación lícita, útil, pero ¡tan sintomática! El historiador es muchas veces director de escena. ¿Podemos imaginar que renuncie al drama del tiempo breve, a las mejores triquiñuelas de un muy viejo oficio?

6. *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au xviii^e siècle*, 2 vols., Dalloz, París, 1933.

Más allá de los ciclos e interciclos, hay lo que los economistas llaman, sin pese a todo estudiarlo, la tendencia secular. Pero ésta sigue interesando solamente a unos pocos economistas y sus consideraciones sobre las crisis estructurales, no sometidas a la prueba de las verificaciones históricas, se presentan como esbozos o hipótesis, apenas enraizadas en el pasado reciente, hasta 1929, como mucho hasta los años de 1870.⁷ Sin embargo ofrecen una útil introducción a la historia de larga duración. Son una clave inicial.

La segunda clave, mucho más útil, es la palabra *estructura*. Adecuada o no, ésta domina los problemas relativos a la larga duración. Por *estructura* los observadores de lo social entienden una organización, una coherencia, relaciones bastante fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros, los historiadores, una estructura significa sin lugar a dudas ensamblaje, estructura, pero todavía más una realidad que el tiempo usa mal y transmite muy demoradamente. Algunas estructuras, si viven mucho tiempo, se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: llenan la historia, la estorban y por tanto dirigen su discurrir. Otras son más proclives a desmoronarse, pero todas son a la vez apoyos y obstáculos. Como obstáculos, se marcan como límites (envolventes en el sentido matemático) de los que el hombre y sus experiencias apenas pueden librarse. Piénsese en la dificultad de romper determinados marcos geográficos, determinadas realidades biológicas, determinados límites de la productividad, e incluso tal o cual restricción espiritual: los escenarios mentales son también cárceles de larga duración.

El ejemplo más accesible parece ser aún el del límite geográfico. Durante siglos, el hombre es prisionero de los climas, vegetaciones, poblaciones animales, culturas, de un equilibrio lentamente construido del que no puede separarse so pena de poner todo en duda. Piénsese en el papel de la trashumancia en la vida montañesa, la permanencia de determinados sectores de vida marítima, arraigados en determinados puntos privilegiados de las articulaciones litorales, fíjense en la duradera implantación de las ciudades, la persistencia de las rutas y tráficós, en la sorprendente estabilidad del marco geográfico de las civilizaciones.

Las mismas permanencias o supervivencias las encontramos en el inmenso ámbito cultural. El magnífico libro de Ernest Robert Curtius,⁸ por

7. Puesta a punto en René Clemens, *Prolégomènes d'une théorie de la structure économique*, Domat Montchrestien, París, 1952; véase también Johann Akerman, «Cycle et structure», *Revue économique*, 1952, n° 1.

8. Ernst Robert Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Berna, 1948; traducción francesa: *La Littérature européenne et le Moyen Âge latin*, P.U.F., París, 1956.

fin publicado en su traducción francesa, es el estudio de un sistema cultural que prolonga, deformándola a su conveniencia la civilización latina del Bajo Imperio, abrumada a su vez por el peso de una herencia: hasta los siglos XIII y XIV; hasta el nacimiento de las literaturas nacionales, la civilización de las élites intelectuales vivió de los mismos temas, de las mismas comparaciones, de los mismos lugares comunes y cantinelas. En una línea de pensamiento análogo, el estudio de Lucien Febvre, *Rabelais y el problema de la incredulidad en el siglo XVI*,⁹ se dedicó a precisar el instrumental mental del pensamiento francés en la época de Rabelais, ese conjunto de concepciones que, mucho antes de Rabelais y bastante tiempo después de él, gobernó las artes del vivir, de pensar y de creer, y limitó duramente de antemano la aventura intelectual de las inteligencias más libres. El tema que aborda Alphonse Dupront,¹⁰ se presenta también como uno de los estudios más novedosos de la escuela histórica francesa. La idea de cruzada aparece considerada, en Occidente, más allá del siglo XIV, es decir, mucho más allá de la «verdadera» cruzada, dentro de la continuidad de una actitud de larga duración que, incesantemente repetida, atraviesa las sociedades, los mundos, los más diversos psiquismos y llega en un último reflejo a los hombres del siglo XIX. En un terreno todavía contiguo, el libro de Pierre Francastel, *Pintura y Sociedad*,¹¹ señala a partir de principios del Renacimiento florentino la permanencia de un espacio pictórico «geométrico» que nada alterará hasta la llegada del cubismo y hasta la pintura intelectual de principios de nuestro siglo XX. La historia de las ciencias conoce también universos construidos que son asimismo explicaciones imperfectas, pero a las que suelen corresponderles siglos de duración. Sólo después de haber funcionado durante mucho tiempo serán desestimadas. El universo aristotélico se mantiene sin contestación, o casi, hasta Galileo, Descartes y Newton; se desvanece entonces ante un universo profundamente geometrizado que, a su vez, se desmoronará, aunque mucho más tarde, ante las revoluciones einsteinianas.¹²

La dificultad, por una paradoja sólo aparente, está en descubrir la larga duración en el terreno donde la investigación histórica acaba de cosechar sus éxitos innegables: el terreno económico. Ciclos, interciclos, crisis

9. París, Albin Michel, 1943, 2ª ed., 1946.

10. *Le Mythe des Croisades. Essai de sociologie religieuse*, publicado en 1959.

11. Pierre Francastel, *Peinture et Société. Naissance et destruction d'un espace plastique, de la Renaissance au cubisme*, Audin, Lyon, 1951.

12. Otros argumentos: yo discutiría los potentes artículos todos los cuales abundan en el mismo sentido, de Otto Brunner sobre la historia social de Europa, *Historische Zeitschrift*, t. 177, nº 3; de R. Bultmann, *Idem*, t. 176, nº 1, sobre el humanismo; de Georges Lefebvre, *Annales historiques de la Révolution française*, 1949, nº 114, y de F. Hartung, *Historische Zeitschrift*, t. 180, nº 1, sobre el despotismo ilustrado...

estructurales ocultan aquí las regularidades, las permanencias de los sistemas, algunos han hablado de civilizaciones económicas¹³ —es decir, viejas costumbres de pensar y actuar, escenarios resistentes, extraordinariamente resistentes, a veces contra toda lógica.

Pero razonemos mediante un ejemplo, que enseguida analizaremos. Tenemos, cerca de nosotros, en el marco de Europa, un sistema económico que se inscribe en unas líneas y reglas generales bastante nítidas: se mantiene vigente desde el siglo xiv hasta el xviii, digamos, para mayor seguridad, hasta aproximadamente 1750. Durante siglos, la actividad económica depende de poblaciones demográficamente frágiles, como demostrarán los grandes reflujos de 1350 a 1450 y, sin duda, de 1630 a 1730.¹⁴ Durante siglos, la circulación presencia el triunfo del agua y del barco, de modo que toda densidad continental es obstáculo, inferioridad. Las expansiones europeas, salvo las excepciones que confirman la regla (ferias de Champaña ya en su declive a principios del periodo, o ferias de Leipzig en el siglo xviii), todas esas expansiones tienen lugar a lo largo de las franjas litorales. Otras características del sistema son la primacía de los comerciantes; el papel eminente de los metales preciosos, el oro, la plata e incluso el cobre, cuyos tropiezos constantes sólo quedarán amortizados, y aún, mediante el desarrollo decisivo del crédito, a finales del siglo xvi; los repetidos picotazos de las crisis agrícolas estacionales; la fragilidad, diríamos nosotros, de la base misma de la vida económica; el papel, por último, desproporcionado a primera vista, de uno o dos grandes tráficoes exteriores como eran el comercio del Levante del siglo xii al xiv, y el comercio colonial en el siglo xviii.

He definido así, o mejor dicho evocado, a mi modo, después de algunos otros, los rasgos fundamentales de la Europa occidental, del capitalismo comercial, una etapa de larga duración. Pese a todos los cambios evidentes que lo atraviesan, esos cuatro o cinco siglos de vida económica tuvieron *cierta* coherencia, hasta el cambio radical del siglo xviii y de la revolución industrial de la que aún no hemos salido. Tienen en común algunos rasgos y permanecen inmutables mientras que alrededor de ellos, entre otras continuidades, mil rupturas y convulsiones renovaban la faz del mundo.

13. René Courtin, *La Civilisation économique du Brésil*, Librairie de Médicis, París, 1941.

14. En la situación francesa. En España, el reflujo demográfico se constata desde finales del siglo xvi.

Entre los tiempos diferentes de la historia, la larga duración se presenta entonces como un personaje abrumador, complicado, con frecuencia inédito. Admitirlo en el corazón de nuestro oficio no será un simple juego, la habitual ampliación de estudios y de curiosidades. No se tratará tampoco de una elección de la que será el único beneficiario. Para el historiador, aceptarla supone prestarse a un cambio de estilo, de actitud, a una alteración de pensamiento, a una nueva concepción de lo social. Supone familiarizarse con un tiempo en ralentí, a veces casi al límite del movimiento. A este nivel, no en otro —volveré sobre ello—, es lícito desprenderse del tiempo exigente de la historia, salir de él, regresar después, pero con otra mirada, con otras inquietudes, con otras preguntas. En todo caso, es en relación a estas capas de historia lenta como la totalidad de la historia se puede reconsiderar a partir de una infraestructura. Todos los niveles, todas las miles de plantas, todos los miles de estallidos del tiempo de la historia se comprenden a partir de esta profundidad, de esta semi-inmovilidad; todo gravita en torno a ella.

En las líneas precedentes no pretendo haber definido el oficio de historiador, sino una concepción de este oficio. Afortunado y muy ingenuo será quien piense, tras las tormentas de los últimos años, que hemos encontrado los verdaderos principios, los límites claros, la escuela acertada. En realidad, todos los oficios de las ciencias sociales no dejan de transformarse debido a su propio movimiento y al movimiento intenso del conjunto. La historia no es una excepción. Por lo tanto, no se vislumbra quietud alguna ni tampoco ha llegado la hora de los discípulos. Hay mucha distancia de Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos a Marc Bloch. Pero desde Marc Bloch, la rueda no ha dejado de girar. Para mí, la historia es la suma de todas las historias posibles, una colección de oficios y de puntos de vista, de ayer, de hoy y de mañana.

El único error, en mi opinión, sería elegir una de estas historias excluyendo al resto. Ese fue, ese sería el error historizante. No será cómodo, lo sabemos, convencer a todos los historiadores y, menos aún, a las ciencias sociales, empeñadas en llevarnos de nuevo a la historia tal y como era ayer. Necesitaremos mucho tiempo y esfuerzo para que se admitan todos estos cambios y novedades bajo el viejo nombre de historia. Y sin embargo ha nacido una «ciencia» histórica nueva, que continúa interrogándose y transformándose. Esa ciencia histórica nueva se anuncia en nuestro país desde 1900 con la *Revue de synthèse historique* y con los *Annales* a partir de 1929. El historiador ha estado atento a todas las ciencias humanas, cosa que brinda a nuestro oficio extrañas fronteras y extrañas curiosidades. Del mismo modo, no supongamos que al historiador y al observador de las ciencias sociales los separan las barreras y diferencias de ayer. Toda las

ciencias humanas, incluida la historia, están mutuamente contaminadas. Hablan el mismo lenguaje o pueden hablarlo.

Ya nos situemos en 1558 o en el año de gracia de 1958, se trata, para quien quiere comprender el mundo, de definir una jerarquía de fuerzas, de corrientes, de movimientos particulares, y luego recrear una constelación de conjunto. En cada momento de esta investigación habrá que distinguir entre movimientos largos y oleadas breves, éstas tomadas de sus fuentes inmediatas, aquellos en la corriente de un tiempo lejano. El mundo de 1558, tan desapacible en Francia, no nació en el umbral de este año sin encanto. Y tampoco, sin dejar de referirnos al contexto francés, en nuestro difícil año 1958. Cada «actualidad» reúne movimientos de origen, de ritmo diferente: el tiempo de hoy data a la vez de ayer, de anteayer y de mucho tiempo atrás.

LA QUERRELLA DEL TIEMPO CORTO

Estas verdades son sin duda banales. Sin embargo, a las ciencias sociales no las tienta demasiado la búsqueda del tiempo perdido. No es que se pueda levantar una requisitoria firme contra ellas y declararlas culpables, siempre, de no aceptar la historia o la duración como dimensiones necesarias de sus estudios. Al menos en apariencia, incluso nos reciben bien; el examen «diacrónico» que reintroduce la historia nunca está ausente de sus preocupaciones teóricas.

Sin embargo, descartados estas afirmaciones, hay que convenir que las ciencias sociales, por gusto, por instinto profundo, tal vez por formación, siempre tienden a descartar la explicación histórica; la soslayan a través de dos procedimientos casi opuestos: uno «evenemencializa», o si se prefiere «actualiza» hasta el exceso los estudios sociales, gracias a una sociología empírica, desdeñosa de toda historia, limitada a las coordenadas del tiempo breve, al estudio en vivo; la otra rebasa pura y simplemente el tiempo imaginando, según una «ciencia de la comunicación», una formulación matemática de estructuras casi intemporales. Este último procedimiento, el más novedoso de todos, es evidentemente el único que puede interesarnos profundamente. Pero lo evenemencial cuenta todavía con bastantes partidarios para que los dos aspectos de la cuestión merezcan un examen por separado.

Ya hemos mencionado nuestra desconfianza con respecto a una historia puramente evenemencial. Seamos justos: si existe un pecado *evenemencialista*, la historia, acusada destacada, no es la única culpable. Todas las ciencias sociales participan en el error. Economistas, demógrafos y geógrafos están divididos entre ayer y hoy (aunque mal divididos); para ser

sensatos deberían mantener la balanza equilibrada, lo cual resulta fácil y obligatorio para el demógrafo; lo cual casi parece evidente para los geógrafos (especialmente los franceses, alimentados en la tradición vidaliana); algo que ocurre muy pocas veces, en cambio, entre los economistas, presos de la actualidad más inmediata, entre un límite posterior que no se remonta mucho más lejos de 1945 y un hoy que los planes y previsiones prolongan en el futuro inmediato en algunos meses, como mucho en algunos años. Sostengo que todo el pensamiento económico está coartado por esta restricción temporal. A los historiadores, afirman los economistas, les corresponde ir más allá de 1945, para estudiar las economías antiguas; pero al hacerlo en este sentido, se privan de un maravilloso campo de observación, que abandonaron por su propia voluntad sin negar por ello su valor. El economista ha adquirido la costumbre de acudir en apoyo de lo actual, en apoyo de los gobiernos.

La posición de los etnógrafos y etnólogos no es ni tan clara ni tan alarmante. Algunos de ellos han subrayado la imposibilidad (pero todo intelectual se somete a lo imposible) y la inutilidad de la historia dentro de su oficio. Este rechazo autoritario de la historia no le sirvió de mucho a Malinowski y a sus discípulos. En realidad, ¿cómo iba a desinteresarse el antropólogo de la historia? Se trata, según le gusta decir a Claude Lévi-Strauss, de la misma aventura mental.¹⁵ No hay sociedad, por zafia que sea, que no revele a la observación «las garras del acontecimiento», no hay tampoco sociedad cuya historia haya naufragado por completo. Así que cometeríamos un error al quejarnos o al insistir.

En cambio nuestra querella será bastante enconada en las fronteras del tiempo corto, con respecto a la sociología de los estudios sobre lo actual, los estudios de mil direcciones, entre sociología, psicología y economía. Estudios que echan sus brotes tanto entre nosotros como en el extranjero. Son, a su modo, una apuesta repetida sobre el valor insustituible del tiempo presente, su calor «volcánico», su riqueza profusa. ¿Para qué volverse hacia el tiempo de la historia, el tiempo empobrecido, simplificado, devastado por el silencio, reconstruido —insistamos: *reconstruido*? En verdad, ¿tan muerto está, tan reconstruido que se insiste en decirlo? No hay duda que al historiador le resulta demasiado fácil desgajar de una época ya pasada lo esencial; por hablar como Henri Pirenne, el historiador reconoce sin ninguna dificultad los «acontecimientos importantes», entiéndase «los que han tenido consecuencias». Una simplificación evidente y peligrosa. Pero ¿qué no daría el viajero de lo actual por poseer esa perspectiva (o esta anticipación en el tiempo) que pudiera desenmascarar y simplificar la vida presente, confusa y poco legible por estar cargada en

15. Claude Lévi-Strauss, *L'Anthropologie structurale*, op. cit., p. 31.

exceso de gestos y de signos menores? Claude Lévi-Strauss pretende que una hora de conversación con un contemporáneo de Platón le informaría más que nuestros discursos clásicos sobre la coherencia o la incoherencia de la civilización de la antigua Grecia.¹⁶ Estoy muy de acuerdo con él. Pero lo que ocurre es que él, durante años, ha oído cien voces griegas salvadas del silencio. El historiador ha preparado su viaje. Una hora en la Grecia de hoy no le enseñaría nada, o casi nada, sobre las coherencias o incoherencias actuales.

Todavía más, el estudioso del tiempo presente no llega hasta los tramos «finos» de las estructuras sino a condición de, también él, *reconstruir*, adelantar hipótesis y explicaciones, rechazar lo real tal y como se percibe, truncarlo o rebasarlo, operaciones todas ellas que permiten escapar de lo dado para controlarlo mejor, aunque hipótesis y explicaciones son reconstrucciones. Dudo que la fotografía sociológica del presente sea más «verdadera» que el cuadro histórico del pasado, y tanto menos si pretende estar más alejada de lo *reconstruido*.

Philippe Ariès¹⁷ insistió en la importancia del extrañamiento, de la sorpresa en la explicación histórica: en el siglo xvi tropieza usted con algo que le extraña, algo extraño para usted, que es un hombre del siglo xx. ¿A qué obedece esta diferencia? El problema está planteado. Pero yo diría que la sorpresa, el extrañamiento, el alejamiento —esos grandes medios de conocimiento—, no son menos necesarios para comprender lo que nos rodea, y desde tan cerca que dejemos de verlo con nitidez. Vivan en Londres durante un año y acabarán conociendo bastante mal Inglaterra, pero, en comparación, a tenor de lo que les vaya sorprendiendo, bruscamente habrán comprendido algunos de los rasgos más profundos y originales de Francia, los que no conocen a fuerza de conocerlos. Frente a lo actual, el pasado también es extrañamiento.

Los historiadores y los *social scientists* podrían por lo tanto devolverse la pelota eternamente sobre el documento muerto y el testimonio demasiado vivo, el pasado lejano, la actualidad demasiado próxima. No considero que ese sea un problema esencial. Presente y pasado se iluminan con su luz recíprocamente. Y si se observa exclusivamente en el marco de la estricta actualidad, la atención se dirige hacia lo que se mueve veloz, brilla con razón o sin ella, o acaba de cambiar, o hace ruido, o se revela sin dificultad. Todo un evenemencial, tan fastidioso como las ciencias históricas, acecha al observador apresurado, etnógrafo que da cita por tres meses a una tribu polinésica, sociólogo industrial que entrega los clichés de su última investigación, o que cree que con cuestionarios hábiles y las

16. «Diogène couché», *Les Temps Modernes*, n° 195, p. 17.

17. *Le Temps de l'histoire*, París, Plon, 1954, sobre todo pp. 298 y siguientes.

combinaciones de fichas perforadas es capaz de delimitar perfectamente un mecanismo social. Lo social es un zorro mucho más astuto.

En realidad, ¿en qué pueden interesarnos a nosotras, las ciencias humanas, los desplazamientos, de los que habla un amplio y buen estudio sobre la región parisina,¹⁸ de una muchacha entre su domicilio, situado en el distrito XVI, su profesor de música y las Ciencias Políticas? De todos estos desplazamientos se extrae un bonito mapa. Pero bastaría con que ella hubiese cursado estudios de agronomía o practicado el esquí náutico para que sus viajes triangulares fuesen totalmente diferentes. Me complace ver en un mapa la distribución de los domicilios de los empleados de una gran empresa. Sin embargo, si no tengo un mapa anterior de la distribución, si la distancia cronológica entre las listas estadísticas no basta para inscribirlo todo en un verdadero movimiento, ¿dónde está el problema sin el cual todo estudio es trabajo perdido? El interés de estos estudios por el estudio está en, como mucho, acumular información; y ni siquiera todos los datos serán válidos *ipso facto* para estudios *futuros*. Desconfiemos del arte por el arte.

Dudo asimismo que un estudio de ciudad, sea cual sea, pueda ser objeto de una investigación sociológica como sucedió con Auxerre,¹⁹ o Vienne en el Delfinado,²⁰ sin inscribirse en la duración histórica. Toda ciudad, sociedad dada con sus crisis, sus cortes, sus dificultades, sus cálculos necesarios, debe ubicarse en la complejidad de las zonas campestres próximas que la rodean, y también de los archipiélagos de ciudades vecinas (Rudolf Häpke fue uno de los primeros historiadores en hablar de ellas); ubicarla por lo tanto en el movimiento más o menos alejado en el tiempo, a menudo muy alejado en el tiempo, que anima este complejo. ¿Es indiferente, no resulta esencial por el contrario, si registramos tal intercambio campo-ciudad, determinada rivalidad industrial o comercial, saber que se trata de un movimiento nuevo en pleno impulso, o de un final de trayecto de un lejano resurgimiento, o de una monótona reanudación?

Concluamos con una expresión que lo resuma: Lucien Febvre, durante los últimos diez años de su vida repitió: «Historia ciencia del pasado, ciencia del presente». La historia, dialéctica de la duración, ¿no es a su manera explicación de lo social en toda su realidad? ¿Y por lo tanto, de lo actual? Su lección es válida en este campo como una advertencia con-

18. P. Chombart de Lauwe, *Paris et l'agglomération parisienne*, P.U.F., París, 1952, t. I, p. 106.

19. Suzanne Frère y Charles Bettelheim, *Une ville française moyenne, Auxerre en 1950*, Armand Colin, Cahiers des Sciences politiques, n° 17, París, 1951.

20. Pierre Clément y Nelly Xydias, *Vienne-sur-le-Rhône. Sociologie d'une cité française*, Armand Colin, Cahiers des Sciences politiques, n° 71, París, 1955.

tra el acontecimiento: no pensar solamente en el tiempo corto, no creer que sólo los actores que hacen ruido son los más auténticos; hay otros, silenciosos —pero ¿hay alguien que no lo supiera ya?

COMUNICACIÓN Y MATEMÁTICAS SOCIALES

Tal vez nos hemos equivocado al entretenernos en la agitada frontera del tiempo breve. El debate se desarrolla en esa zona fronteriza sin excesivo interés en verdad, al menos sin ofrecer ninguna sorpresa útil. El debate esencial está en otro punto, en nuestros vecinos ganados por la experiencia más nueva de las ciencias sociales, bajo el doble signo de la «comunicación» y de la matemática.

Pero aquí va a ser difícil defender el asunto; quiero decir que será poco fácil situar estas tentativas en relación al tiempo de la historia del que, aparentemente al menos, escapan por entero. En realidad, ningún estudio social escapa al tiempo de la historia.

En esta discusión, en todo caso, el lector hará bien, si pretende seguirnos (para aprobarnos o para distanciarse de nuestro punto de vista), en sopesar a su vez y uno a uno los términos de un vocabulario no enteramente nuevo, es cierto, pero sí recuperado y rejuvenecido por nuevas discusiones que se desarrollan bajo nuestra mirada. Nada que objetar, evidentemente, sobre el asunto del acontecimiento, o sobre la larga duración. Tampoco mucho en relación a las *estructuras*, aunque la palabra —y la cosa— no deje de suscitar incertidumbres y discusiones.²¹ Inútil también insistir demasiado en las palabras *sincronía* y *diacronía*; palabras que se definen por sí mismas, aunque su papel, en un estudio concreto de lo social, resulte más difícil de delimitar de lo que parece. En efecto, en el lenguaje de la historia (tal y como yo lo imagino) no puede haber una sincronía perfecta: una interrupción instantánea que suspenda todas las duraciones es casi absurda en sí, o, lo que equivale a lo mismo, muy artificial; del mismo modo, un descenso según la pendiente del tiempo sólo es concebible en forma de múltiples descensos, según los diversos e innumerables ríos del tiempo.

Estos breves avisos y advertencias bastarán, de momento. Pero conviene ser más explícito en lo que concierne a la *historia inconsciente*, a los *modelos*, a las *matemáticas sociales*. Estos comentarios necesarios convergen, o —lo espero— no tardarán en converger en una problemática común a las ciencias sociales.

21. Véase el Coloquio sobre las Estructuras, VI Sección de l'École Pratique des Hautes Études, resumen mecanografiado, 1958.

La historia inconsciente es, por supuesto, la historia de las formas inconscientes de lo social. «Los hombres hacen la historia, pero ignoran que la hacen.»²² La fórmula de Marx ilumina el problema, pero no lo explica. En realidad, con un nombre distinto, estamos una vez más ante el problema del tiempo breve, del «microtiempo», de lo evenemencial. Los hombres siempre tienen la impresión, al vivir su tiempo, de estar captando su desarrollo día a día. Esta historia consciente, clara, ¿es abusiva como muchos historiadores desde hace ya mucho tiempo coinciden en creer? La lingüística creía ayer que podía derivarlo todo de las palabras. La historia, por su parte, ha tenido la ilusión de poder derivarlo todo de los acontecimientos. Más de uno de nuestros contemporáneos se sentiría inclinado a creer que todo lo sucedido procede de los Acuerdos de Yalta o de Potsdam, de los accidentes de Dien Bien Phu o de Sakhiet-Sidi-Yussef, o de otro acontecimiento, no cabe duda que mucho más importante, el lanzamiento de los sputniks. La historia inconsciente se desarrolla más allá de estas luces, y de sus flashes. Admítase además que existe, a cierta distancia, un inconsciente social. Admítase, por añadidura, entretanto, que este inconsciente sea considerado más rico, científicamente, que la superficie espejeante a la que nuestros ojos están acostumbrados; más rica científicamente, es decir, más simple, más fácil de explotar —si no de descubrir. Pero el punto de partida entre superficie clara y profundidades oscuras —entre ruido y silencio— es difícil, aleatorio. Añadamos que la historia «inconsciente», dominio a medias del tiempo coyuntural y, por excelencia, del tiempo estructural, suele percibirse a menudo con mucha más nitidez de lo que se admite. Todos nosotros tenemos la impresión, más allá de su propia vida, de una historia de masa en la que nos cuesta menos, es cierto, reconocer la potencia y sus impulsos que sus leyes o su dirección. Y esta conciencia no es cosa de ayer (como ocurrió en lo que se refiere a la historia económica), aunque hoy resulta cada vez más viva. La revolución, pues se trata de una revolución de la mente, consistió en primer lugar en abordar de frente esta semioscuridad, en cederle un espacio cada vez mayor al lado, e incluso en detrimento, de lo evenemencial.

En esta prospección donde la historia no está sola (al contrario, no ha hecho más que seguir en este terreno y adaptar a su uso los puntos de vista de las nuevas ciencias sociales), se han construido nuevos instrumentos de investigación y de conocimiento, y así puede hablarse de los más o menos perfeccionados, a veces todavía artesanales, *modelos*. Los modelos no son más que hipótesis, sistemas de explicaciones sólidamente vinculadas según la forma de la ecuación o de la función: esto igual a aquello, o de-

22. Citado por Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale, op. cit.*, pp. 30-31.

termina aquello. Dicha realidad aparece acompañada de tal otra y, de ésta a aquélla se revelan relaciones estrechas y constantes. El modelo establecido con atención permitirá por lo tanto abordar, fuera del medio social observado —a partir del cual fue, en suma, creado— otros medios sociales de la misma naturaleza, a través del tiempo y del espacio. Este es su valor recurrente.

Estos sistemas de explicaciones varían hasta el infinito según el temperamento, el cálculo o el objetivo de sus usuarios: simples o complejos, cualitativos o cuantitativos, estáticos o dinámicos, mecánicos o estadísticos. He tomado de Claude Lévi-Strauss esta última distinción. El modelo económico estaría en la misma dimensión de la realidad directamente observada, realidad de pequeñas dimensiones que sólo interesan a grupos minúsculos de hombres (así proceden los etnólogos a propósito de las sociedades primitivas). Para las sociedades extensas, donde intervienen los grandes números, se impone el cálculo de las medias, que son las que conducen a los modelos estadísticos. ¡Pero poco importan estas definiciones, a veces discutibles!

Lo esencial, por mi parte, es, antes de establecer un programa común de las ciencias sociales, concretar el papel y los límites del modelo, que algunas iniciativas amenazan con engrosar abusivamente. De ahí la necesidad de confrontar también los modelos con la idea de duración; pues de la duración que implican dependen bastante estrechamente, a mi juicio, su significación y su valor como explicación.

Para ser más claro, tomemos algunos ejemplos entre modelos históricos,²³ quiero decir fabricados por historiadores, modelos bastante zafios, rudimentarios, pocas veces llevados hasta el rigor de una verdadera regla científica y nunca interesados en desembocar en un lenguaje matemático revolucionario —a su manera, no dejan de ser modelos.

Más arriba hemos hablado del capitalismo comercial entre los siglos XIV y XVIII: se trata de un modelo entre varios que es posible desprender de la obra de Marx. Sólo se aplica plenamente a una familia dada de sociedades, durante un tiempo dado, aunque deja la puerta abierta a todas las extrapolaciones.

Sucede algo distinto con el modelo que esboqué, en un libro ya antiguo,²⁴ de un ciclo de desarrollo económico, referido a las ciudades italia-

23. Sería tentador dejar sitio a los «modelos» de los economistas que en realidad han orientado nuestra imitación.

24. *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Armand Colin, París, 1949, pp. 264 y ss. (trad. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, FCE, México, 1953).

nas entre los siglos XVI y XVIII, sucesivamente comerciales, «industriales» y luego especializadas en el comercio bancario. Esta última actividad, la de más lento desarrollo, es también la que más lentamente desaparece. Más restringido, de hecho, que la estructura del capitalismo comercial, este esbozo sería, más fácilmente que aquél, extensible en la duración y en el espacio. Registra un fenómeno (algunos lo llamarían una estructura dinámica, aunque todas las estructuras de la historia son al menos elementalmente dinámicas) capaz de reproducirse en un número de circunstancias fáciles de encontrar. Quizá sucedería lo mismo con este modelo, esbozado por Frank Spooner y por mí mismo,²⁵ referido a la historia de los metales preciosos, antes, durante y después del siglo XVI: oro, plata, cobre —y crédito, ese ágil sustituto del metal— son, también, jugadores; la «estrategia» de uno pesa sobre la «estrategia» del otro. No será difícil trasladar este modelo fuera del siglo privilegiado y particularmente agitado, el XVI, que hemos elegido para nuestra observación. ¿No han intentado algunos economistas, en el caso concreto de los países subdesarrollados de hoy, verificar la vieja teoría cuantitativa de la moneda, que es también, a su manera, un modelo?²⁶

Sin embargo, las posibilidades de duración de todos estos modelos son breves, aunque los comparemos con las del modelo imaginado por un joven historiador sociólogo americano, Sigmund Diamond.²⁷ Impresionado por el doble lenguaje de la clase dominante de los grandes financieros americanos de Pierpont Morgan, lenguaje interno a la clase y lenguaje externo (este último, en verdad, un alegato ante la opinión pública a la que se le presenta el éxito del financiero como el triunfo típico del *self made man*, la condición de la fortuna de la propia nación), impresionado por este doble lenguaje, descubre en él la típica reacción de cualquier clase dominante que considera su prestigio y sus privilegios amenazados; necesita, para ocultarse, confundir su suerte con la de la Ciudad o de la Nación, y su interés particular con el interés público. Diamond explicará del mismo modo la evolución de la idea de dinastía o de imperio, dinastía inglesa, Imperio romano... El modelo así concebido es evidentemente capaz de atravesar los siglos. Supone determinadas condiciones sociales concretas, pero son condiciones que la historia ha prodigado; en consecuencia, resulta válida para una duración mucho más larga que los modelos

25. Fernand Braudel y Frank Spooner, *Les Métaux monétaires et l'économie du XVI^e siècle. Rapports au Congrès international de Rome*, 1955, vol. IV, pp. 233-264.

26. Alexandre Chabert, *Structure économique et théorie monétaire*, Armand Colin, Publ. Del Centre d'Études économiques, París, 1956.

27. Sigmund Diamond, *The Reputation of the American Businessman*, Cambridge, (Massachusetts), 1955.

precedentes, pero al mismo tiempo trata realidades más concretas, más restringidas.

En último término, como dirían los matemáticos, este tipo de modelo coincidiría con los modelos favoritos, casi intemporales, de los sociólogos matemáticos. Casi intemporales, es decir que circulan en realidad por las sendas oscuras e inéditas de la muy larga duración.

Las explicaciones que preceden no son más que una introducción insuficiente a la ciencia y a la teoría de los modelos. Y dista mucho de que los historiadores ocupen posiciones de vanguardia. Sus modelos no son mucho más que haces de explicaciones. Nuestros colegas son mucho más ambiciosos y están más avanzados en la investigación, por lo que intentan reunir las teorías y los lenguajes de la información, de la comunicación o de las matemáticas cualitativas. Su mérito —que es mucho— consiste en acoger en su terreno este lenguaje sutil, el de las matemáticas, pero que ante el menor descuido corre el peligro de escapar de nuestro control y correr Dios sabe adónde. Información, comunicación, matemáticas cualitativas, todo cabe bastante bien en el vocablo mucho más amplio de matemáticas sociales. Habrá que exponer como podamos nuestras ideas con claridad.

Las matemáticas sociales,²⁸ se trata de al menos tres lenguajes que aún pueden mezclarse y no excluyen una continuación. La imaginación de los matemáticos no se ha agotado. En todo caso, no hay *una* matemática, *la* matemática (o entonces es una reivindicación). «No hay que decir el álgebra, la geometría, sino un álgebra, una geometría» (Th. Guilbaud), cosa que no simplifica nuestros problemas, ni los suyos. Tres lenguajes por lo tanto: el de los hechos de necesidad (uno está dado, el otro sigue), es el campo de las matemáticas tradicionales; el lenguaje de los hechos aleatorios, desde Pascal, es el campo del cálculo de probabilidades; el lenguaje por último de los hechos condicionados, ni aleatorios ni determinados pero sometidos a ciertas restricciones, a unas reglas de juego, en el eje de la «estrategia» de los juegos de Von Neumann y Morgenstern,²⁹ esta estrategia triunfante que no se ha quedado estancada en los principios y habilidades de sus fundadores. La estrategia de los juegos, mediante el uso de los conjuntos, de los grupos, del cálculo mismo de probabilidades, abre

28. Véase en especial Claude Lévi-Strauss, *Bulletin International des Sciences Sociales*, UNESCO, VI, n° 4, y más generalmente todo este número de gran interés, titulado *Les mathématiques et les sciences sociales*.

29. *The Theory of Games and economic Behaviour*, Princeton, 1944. Cf. el brillante resumen de Jean Fourastié, *Critique*, oct. 1951, n° 51.

la vía a las matemáticas «cualitativas». A partir de ese momento, el paso de la observación a la formulación matemática ya no se realiza obligatoriamente por la vía difícil de las medidas y los largos cálculos estadísticos. Del análisis de lo social se puede pasar directamente a una formulación matemática, con máquina calculadora, diríamos nosotros.

Evidentemente, hay que preparar la pitanza de esta máquina, que no traga ni tritura todos los alimentos. Será por lo demás en función de máquinas de verdad, de sus reglas de funcionamiento, para las *comunicaciones* en el sentido más material de la palabra, como se ha esbozado y desarrollado una ciencia de la información. El autor de este artículo no es en modo alguno un especialista en tan difíciles campos. Las investigaciones en vista a la fabricación de una máquina de traducir, que siguió de lejos pero siguió en cualquier caso, lo sumen tanto a él como a muchos otros observadores en un mar de reflexiones. Sin embargo un doble hecho resulta irrefutable: 1º, que este tipo de máquinas, que este tipo de posibilidades matemáticas existen; 2º, que hay que preparar lo social en las matemáticas de lo social, que ya no son solamente nuestras viejas matemáticas habituales: curvas de precios, salarios, nacimientos...

Ahora bien, si el mecanismo matemático nuevo muy a menudo se nos escapa, la preparación de la realidad social para su uso, su enroscado, su desglose, no pueden engañar a nuestra atención. Hasta ahora el tratamiento previo casi siempre ha sido el mismo: elegir una unidad restringida de observación, como pueda ser una tribu «primitiva», o un «aislador» demográfico, donde se pueda examinar casi todo y tocarlo directamente con los dedos; establecer a continuación entre los elementos diferenciados todas las relaciones y todos los juegos posibles. Estas relaciones rigurosamente determinadas dan las ecuaciones de las que los matemáticos extraerán todas las conclusiones y prolongaciones posibles para llegar a un *modelo*, que resume a todas ellas, o más bien dicho, que tiene a todas ellas en cuenta.

En estos campos es evidente que se abren mil posibilidades de estudios. Pero un ejemplo nos será más explícito que un largo discurso. Claude Lévi-Strauss va a ser un guía excelente para nosotros, sigámosle. Nos introducirá en un sector de estas investigaciones, llamémosle el de la ciencia de la *comunicación*.³⁰

«En toda sociedad —escribe Claude Lévi-Strauss— la comunicación opera al menos a tres niveles: comunicación de mujeres; comunicación de bienes y servicios; comunicación de los mensajes.»³¹ Admitamos que sean

30. Todas las observaciones que siguen han sido extraídas de su última obra, *L'Anthropologie structurale*, *op. cit.*

31. *Ibid.*, p. 326.

estos, a niveles diferentes, *lenguajes* diferentes, pero a fin de cuentas lenguajes. En consecuencia, ¿no tendremos derecho a tratarlos como lenguajes, o incluso como *el* lenguaje, y a asociarlos de forma directa o indirecta a los avances sensacionales de la lingüística, o mejor dicho de la fonología, que «no puede dejar de desempeñar, con respecto a las ciencias sociales, el mismo papel renovador que la física nuclear, por ejemplo, ha desempeñado para el conjunto de las ciencias exactas»?³² Es mucho decir, pero a veces hay que decir mucho. Como la historia entrampada en el acontecimiento, la lingüística entrampada en las palabras (relación de las palabras con el objeto, evolución histórica de las palabras) ha conseguido liberarse gracias a la revolución fonológica. Más acá de la palabra, se ha adherido al esquema de sonido que es el fonema, indiferente desde entonces a su sentido pero atenta a su lugar, a los sonidos que lo acompañan, a los grupos de sonidos, a las estructuras infrafonémicas, a toda la realidad subyacente, *inconsciente* de la lengua. En algunas decenas de fonemas que encontramos en todas las lenguas del mundo, el nuevo trabajo matemático se ha puesto en marcha, y así vemos que la lingüística, al menos una parte de la lingüística, en el transcurso de los últimos veinte años escapa del mundo de las ciencias sociales para cruzar «el collado de las ciencias exactas».

Extender el sentido del lenguaje a las estructuras elementales de parentesco, a los mitos, al ceremonial, a los intercambios económicos, supone buscar este camino del collado difícil pero saludable, y esta es la proeza llevada a cabo por Claude Lévi-Strauss, a propósito en primer lugar del intercambio matrimonial, este lenguaje primigenio, esencial en las comunicaciones humanas, hasta el punto que no existen sociedades, primitivas o no, que no prohíban el incesto, es decir, el matrimonio dentro de la estrecha célula familiar. Por lo tanto, un lenguaje. Bajo este lenguaje Lévi-Strauss ha buscado un elemento de base equivalente si se quiere al fonema, este elemento, este «átomo» de parentesco que nuestro guía menciona en su tesis de 1949,³³ en su más simple expresión: entiéndase el hombre, la esposa, el hijo, más el tío materno del hijo. A partir de este modelo cuadrangular y de todos los sistemas de matrimonio conocidos en esos mundos primitivos —y son muchos—, los matemáticos buscaron las combinaciones y soluciones posibles. Ayudado por el matemático André Weill, Lévi-Strauss consiguió traducir en términos matemáticos la observación del antropólogo. El modelo derivado debe probar la validez, la estabilidad del sistema y señalar las soluciones que este último implica.

32. *Ibid.*, p. 39.

33. *Les Structures élémentaires de la parenté*, P.U.F., París, 1949. Véase *Anthropologie structurale*, pp. 47-62.

Ya vemos cómo procede este estudio: rebasar la superficie de la observación para llegar a la zona de los elementos inconscientes o poco conscientes, luego reducir esta realidad a elementos muy pequeños, en pinceladas finas, idénticas, cuyas relaciones se puedan analizar con precisión. En este estadio «microsociológico (de cierta clase, soy yo quien añade esta reserva) esperamos descubrir las leyes de estructura más generales, como el lingüista descubre las suyas en el nivel infrafonémico y el físico en el estadio inframolecular, es decir, al nivel del átomo».³⁴ El juego puede continuar, evidentemente, en muchas otras direcciones. Así, no hay nada más didáctico que ver a Lévi-Strauss trabajando en esta ocasión con los mitos y, es divertido, con la cocina (otro lenguaje): reducirá los mitos a una serie de células elementales, los *mitemas*; reducirá (sin demasiada fe) el lenguaje de los libros de cocina a *gustemas*. En cada ocasión busca niveles en profundidad, subconscientes: al hablar, yo no me preocupo de los fonemas de mi discurso; en la mesa, salvo excepciones, tampoco me preocupo mucho, culinariamente, de los «gustemas», si es que existen. Y cada vez, sin embargo, el juego de relaciones sutiles y precisas me acompaña. ¿Y la última palabra de la investigación sociológica consistiría en captar esas relaciones simples y misteriosas por debajo de todos los lenguajes para traducirlos al alfabeto Morse, quiero decir al universal lenguaje matemático? Esta es la ambición de las nuevas matemáticas sociales. Pero, ¿puedo añadir, no es broma, que esa es otra historia?

Volvamos a introducir la duración. Ya he dicho que los modelos eran de duración variable: valen mientras vale la realidad que los modelos registran. Y este tiempo, para el observador de lo social, es primordial, pues más significativos aún que las estructuras profundas de la vida son sus puntos de ruptura, su brusco o lento deterioro bajo el efecto de presiones contradictorias.

A veces he comparado los modelos con barcos. Una vez construido el barco, lo que me interesa es llevarlo al agua, ver si flota y luego hacer subir o bajar a mi antojo las aguas del tiempo. El naufragio es siempre el momento más significativo. Por ello la explicación que imaginamos F. Spooner y yo mismo para las combinaciones entre metales preciosos no me parece demasiado válida antes del siglo xv. De este lado, los choques de los metales poseen una violencia que la observación ulterior no había señalado. Así que a nosotros nos corresponde buscar la causa. Como también resulta necesario descubrir por qué, aguas abajo en esta ocasión, la navegación de nuestro barco demasiado sencillo se vuelve dificultosa, y luego

34. *Anthropologie...*, pp. 42-43.

imposible, con el siglo XVIII y el aumento anormal del crédito. A mi juicio, el estudio debe orientarse incesantemente desde la realidad social al modelo, y luego de éste a aquélla y así sucesivamente, mediante una serie de retoques, de viajes pacientemente reanudados. El modelo es entonces, sucesivamente, un ensayo de explicación de la estructura, un instrumento de control, de comparación, una verificación de la solidez y de la vida misma de una estructura dada. Si yo fabricase un modelo a partir del actual, me gustaría reubicarlo de inmediato en la realidad y luego hacerlo remontar en el tiempo, de ser posible, hasta su nacimiento. Después de lo cual yo calcularía su vida probable hasta la próxima ruptura, según el movimiento concomitante de otras realidades sociales. A menos que, utilizándolo como un elemento de comparación, lo pasee por el tiempo o el espacio en busca de otras realidades capaces de iluminarse gracias a él con una nueva luz.

¿Me equivoco al pensar que los modelos de las matemáticas cualitativas, tal y como nos las han presentado hasta aquí,³⁵ se prestarían a duras penas a tales viajes, sobre todo porque circulan sobre una sola de las innumerables sendas del tiempo, la de la larga, *muy larga* duración, a salvo de los accidentes, de las coyunturas, de las rupturas? Vuelvo una vez más a Claude Lévi-Strauss porque su tentativa en estos campos me parece la más inteligente, la más clara, la más arraigada también en la experiencia social de la que todo debe partir, adonde todo debe regresar. Cada vez, subrayémoslo, aborda un fenómeno de una extrema lentitud, casi intemporal. Todos los sistemas de parentesco se perpetúan porque no hay vida humana posible más allá de un cierto nivel de consanguinidad, que es preciso que un pequeño grupo humano, para vivir, se abra al mundo exterior: la prohibición del incesto es una realidad de larga duración. Los mitos, de lento desarrollo, corresponden también a estructuras de una extrema longevidad. Se pueden, sin preocuparse por elegir la más antigua, coleccionar las versiones del mito de Edipo; el problema estribará en ordenar las distintas variaciones y poner en evidencia, por debajo de ellas, una articulación profunda que las gobierna. Pero supongamos que nuestro colega se interesa no por un mito, sino por las imágenes, por las interpretaciones sucesivas del «maquiavelismo», que busca los elementos de base de una doctrina bastante simple y muy extendida, desde su lanzamiento real hacia mediados del siglo XVI. A cada momento, aquí, cuántas rupturas, cuántas convulsiones, hasta en la estructura misma del maquiavelismo, pues este sistema no posee la solidez teatral, casi eterna, del mito; es sensible a las

35. Digo justamente matemáticas cualitativas, según la estrategia de los juegos. Sobre los modelos clásicos, y tal y como los elaboran los economistas, la discusión tendrá un cariz distinto.

incidencias y repercusiones, a las intemperies múltiples de la historia. En pocas palabras, no está solamente en las sendas tranquilas y monótonas de la larga duración... Entonces, el procedimiento que Claude Lévi-Strauss recomienda en el estudio de las estructuras matematizables no se sitúa solamente en el nivel microsociológico sino en la conjunción de lo infinitamente pequeño y la muy larga duración.

En suma, ¿las revolucionarias matemáticas cualitativas están condenadas a seguir solamente las sendas de la muy larga duración? En tal caso sólo encontraríamos, después de apretado juego, con unas verdades que son en excesiva medida las del hombre eterno. Verdades fundamentales, aforismos de la sabiduría de las naciones, dirán algunas personas quisquillosas. Verdades esenciales, responderemos nosotros, y que pueden arrojar nueva luz sobre las bases mismas de toda vida social. Pero no está ahí el conjunto del debate.

No creo, en realidad, que estas tentativas —o tentativas análogas— no se puedan continuar fuera de la muy larga duración. Lo que se proporciona a las matemáticas sociales cualitativas no son cifras sino relaciones, relaciones que deben ser rigurosamente definidas para que podamos atribuirles un signo matemático a partir del cual serán estudiadas todas las posibilidades matemáticas de esos signos, sin siquiera preocuparse de la realidad social que representan. Todo el valor de las conclusiones depende por lo tanto del valor de la observación inicial, de la opción que aísla los elementos esenciales de la realidad observada y determina sus relaciones en el seno de esta realidad. Se comprende entonces la preferencia de las matemáticas sociales por los modelos que Claude Lévi-Strauss llama mecánicos, es decir, los establecidos a partir de grupos restringidos donde cada individuo, por así decir, es directamente observable y donde una vida social muy homogénea permite definir con seguridad unas relaciones humanas, simples y concretas, poco variables.

Los modelos llamados estadísticos se dirigen por el contrario a las sociedades extensas y complejas donde la observación sólo puede dirigirse recurriendo a las medias, esto es, a las matemáticas tradicionales. Pero, establecidas estas medias, si el observador es capaz de establecer, a la escala de los grupos y ya no de los individuos, esas relaciones de base de las que hablábamos y que son necesarias para las elaboraciones de las matemáticas cualitativas, nada impide entonces que recurramos a ellas. No se han hecho hasta la fecha, que yo sepa, tentativas de este tipo. Pero nos encontramos al inicio de los experimentos. De momento, se trate de psicología, de economía o de antropología, todas las pruebas se han realizado en el sentido que he definido refiriéndome a Lévi-Strauss. Pero las matemáticas sociales cualitativas no habrán demostrado su validez hasta que se hayan enfrentado a una sociedad moderna, a sus problemas encabalga-

dos, a sus diferentes velocidades de vida. Estamos convencidos de que la aventura tentará a alguno de nuestros sociólogos matemáticos; apostemos también que provocará una revisión obligatoria de los métodos observados hasta la fecha por las nuevas matemáticas, pues éstas no pueden confinarse en lo que yo llamaría esta vez la demasiado larga duración; deben recuperar el juego múltiple de la vida, todos sus movimientos, todas sus duraciones, todas sus rupturas, todas sus variaciones.

TIEMPO DEL HISTORIADOR, TIEMPO DEL SOCIÓLOGO

Al final de una incursión en el país de las intemporales matemáticas sociales, aquí me tienen de regreso al tiempo, a la duración. El historiador incorregible como soy, me sorprende una vez más de que los sociólogos hayan conseguido escapar de él. Pero ocurre que su tiempo no es el nuestro: es mucho menos imperioso, menos concreto también, nunca está en el corazón de sus problemas y de sus reflexiones.

En realidad, el historiador no sale nunca del tiempo de la historia, el tiempo se adhiere a su pensamiento como la tierra al arado del jardinero. Desde luego, sueña con evadirse de él. Con la colaboración de la angustia de 1940, Gaston Roupnel³⁶ escribió al respecto unas palabras que provocan sufrimiento en todo historiador sincero. En el mismo sentido iba una antigua reflexión de Paul Lacombe, otro historiador de gran clase: «El tiempo no es nada en sí, objetivamente, no es nada más que una idea nuestra...».³⁷ ¿Pero son verdaderas evasiones? Personalmente, durante un cautiverio moroso, luché denodadamente por escapar a la crónica de esos años difíciles (1940-1945). Rechazar los acontecimientos y el tiempo de los acontecimientos era colocarse al margen, a resguardo, para mirarlos desde cierta distancia, juzgarlos mejor y no creer demasiado en ellos. Del tiempo corto, pasar al tiempo menos corto y al tiempo muy largo (si existe, este último sólo puede ser el tiempo de los sabios); luego, llegado a este punto, detenerse, reconsiderarlo todo y reconstruir, ver como todo gira alrededor de uno mismo; ahí tenemos una operación con todos los ingredientes para tentar a un historiador.

Sin embargo estas fugas sucesivas no lo arrojan, en definitiva, fuera del tiempo del mundo, del tiempo de la historia, imperioso por ser irreversible y porque corre al mismo ritmo al que la Tierra gira. En realidad, las duraciones que nosotros distinguimos son solidarias entre sí: no es la duración lo que realmente es creación de nuestra mente, sino los fraccio-

36. *Histoire et Destin*, Bernard Grasset, París, 1943, *passim*, sobre todo p. 169.

37. *Revue de synthèse historique*, 1900, p. 32.

namientos de dicha duración. Ahora bien, esos fragmentos convergen al final de nuestro trabajo. Larga duración, coyuntura y acontecimiento encajan fácilmente, pues todos se miden a una misma escala. Asimismo participar mentalmente en uno de estos tiempos supone participar en todos. El filósofo, atento al aspecto subjetivo e interno de la noción de tiempo, no siente nunca ese peso del tiempo de la historia, de un tiempo concreto, universal, como ese tiempo de la coyuntura que Ernest Labrousse describe, en el pórtico de su libro,³⁸ como un viajero en todas partes idéntico a sí mismo, que recorre el mundo, impone las mismas restricciones, sea cual fuere el país donde desembarca, el régimen político o el orden social del que trata.

Para el historiador, todo empieza, todo acaba, con el tiempo, un tiempo matemático y demiurgo, del que sería fácil burlarse; tiempo que parece ajeno a los hombres, «exógeno», lo llamarán los economistas, que los empuja, los limita, vence sus tiempos particulares de colores distintos: sí, el tiempo imperioso del mundo.

Los sociólogos, por supuesto, no aceptan esta noción en exceso simple. Están mucho más cerca de la *La dialéctica de la duración* (Villalar, Madrid, 1978), tal y como la presenta Gaston Bachelard.³⁹ El tiempo social es una dimensión particular de esta realidad social que yo contemplo. Interno a esta realidad como pueda serlo a tal individuo, es uno de los signos —entre otros— que se atribuye, una de las propiedades que la caracterizan como ser particular. Al sociólogo no le preocupa este tiempo complaciente que puede cortar a voluntad, acordonar, volver a poner en movimiento. El tiempo de la historia no se prestaría tanto, lo repito, al doble juego ágil de la sincronía y de la diacronía, pues casi no permite apenas imaginar la vida como un mecanismo cuyo movimiento se pueda detener para presentar, a placer, una imagen inmóvil.

Este desacuerdo es más profundo de lo que parece: el tiempo de los sociólogos no puede ser el nuestro; la estructura de nuestro oficio no lo tolera. Nuestro tiempo es medida, como el de los economistas. Cuando un sociólogo nos dice que una estructura se destruye incesantemente para reconstruirse, aceptamos de buen grado una explicación que a fin de cuenta la observación histórica confirma. Sin embargo, nosotros deseáramos, dentro del eje de nuestras exigencias habituales, conocer la duración precisa de esos movimientos, positivos o negativos. Los ciclos económicos, flujo y reflujo de la vida material, se miden. Una crisis estructural social debe asimismo ubicarse en el tiempo, a través del tiempo, situarse exacta-

38. Ernest Labrousse, *La crise de l'économie française à la veille de la Révolution française*, P.U.F., París, 1944. Introducción.

39. P.U.F., París, 2ª ed., 1950.

mente, en sí misma y todavía más en relación a los movimientos de las estructuras concomitantes. Lo que interesa apasionadamente a un historiador es el cruce de estos movimientos, su interacción y sus puntos de ruptura: todo lo cual sólo puede registrarse en relación al tiempo uniforme de los historiadores, medida general de todos esos fenómenos, y no en relación al tiempo social multiforme, medida particular de cada uno de estos fenómenos.

Estas reflexiones divergentes las formula un historiador, con razón o sin ella, incluso cuando penetra en la sociología acogedora, casi fraternal de Georges Gurvitch. ¿Acaso un filósofo⁴⁰ no lo definió ayer como el que «acorralla a la sociología en la historia»? Ahora bien, incluso en el terreno de Gurvitch, el historiador no reconoce ni sus duraciones ni sus temporalidades. El vasto edificio social (¿diremos el modelo?) de Georges Gurvitch se organiza según cinco estructuras esenciales:⁴¹ los niveles en profundidad, las sociabilidades, los grupos sociales, las sociedades globales y los tiempos —este último andamiaje, el de las temporalidades, el más nuevo, es también el último que se construyó y parece sobreañadido al conjunto.

Las temporalidades de Georges Gurvitch son múltiples. Él distingue toda una serie: el tiempo de larga duración y al ralentí, el tiempo tramantojo o el tiempo sorpresa, el tiempo de pulso irregular, el tiempo cíclico o el de danza *in situ*, el tiempo con retraso sobre sí mismo, el tiempo que alterna retraso y avance, el tiempo explosivo...⁴² ¿Cómo se dejaría convencer el historiador? Con esta paleta de colores, le sería imposible reconstruir la luz blanca, unitaria, que le es indispensable. Enseguida se da cuenta también de que este tiempo camaleónico señala sin más, con un signo suplementario, con una nota de color, las categorías anteriormente distinguidas. En la ciudad de nuestro amigo, el tiempo, el último en llegar, se aloja con la mayor naturalidad en territorio ajeno; se adapta a la dimensión de estos domicilios y de sus exigencias, según los «niveles», las sociabilidades, los grupos, las sociedades globales. Es una manera distinta de reescribir, sin modificarlas, las mismas ecuaciones. Cada realidad social segrega su tiempo o sus escalas de tiempo, como vulgares conchillas. Pero

40. Gilles Granger, *Événement et Structure dans les Sciences de l'Homme*, Cahiers de l'Institut de Science Économique Appliquée, Serie M, n° 1, pp. 41-42.

41. Véase mi artículo, demasiado polémico sin duda, «Georges Gurvitch et la discontinuité du Social», *Annales*, 1953, 3, pp. 347-361.

42. Cf. Georges Gurvitch, *Déterminismes sociaux et Liberté humaine*, P.U.F., París, pp. 38-40 y *passim*.

¿qué ganamos con ello nosotros, los historiadores? La inmensa estructura de esta ciudad ideal permanece inmóvil. La historia está ausente de ella. El tiempo del mundo, el tiempo histórico se encuentra ahí, como el viento en Eolia, pero encerrado en una piel de chivo. Los sociólogos no tienen que vérselas con la historia, final e inconscientemente, sino con el tiempo de la historia —esta realidad que sigue siendo violenta por mucho que se intente ordenarla, diversificarla. Es una obligación de la que el historiador no escapa nunca, mientras los sociólogos, en cambio, escapan casi siempre, pues se evaden o en el instante siempre actual, como suspendido por encima del tiempo, o en los fenómenos de repetición que no son de ninguna época; por lo tanto, mediante una actuación opuesta de la mente, que los encierra o bien en lo más estrictamente evenemencial, o bien en la duración más larga. ¿Es lícita esta evasión? Ahí reside el verdadero debate entre historiadores y sociólogos, incluso entre historiadores de opiniones distintas.

No sé si este artículo, demasiado claro, demasiado apoyado en ejemplos, como es costumbre entre los historiadores, concitará el acuerdo de los sociólogos y de nuestros otros vecinos. Lo dudo. En todo caso no resulta demasiado útil repetir, a guisa de conclusión, su *leitmotiv* expuesto con insistencia. Mientras el historiador está llamado, por naturaleza, a dedicar una atención privilegiada a la duración, a *todos* los movimientos entre los que ésta puede descomponerse, la larga duración nos parece dentro de este abanico la línea más útil para una observación y una reflexión comunes a las ciencias sociales. ¿Es pedir demasiado a nuestros vecinos desear que en un momento determinado de sus razonamientos lleven a este eje sus constataciones o sus estudios?

Para los historiadores, que no todos compartirán mi opinión, de esto resultará un cambio radical, ya que instintivamente sus preferencias se inclinan hacia la historia corta. Ésta cuenta con la complicidad de los sacrosantos programas de la universidad. Jean-Paul Sartre, en recientes artículos,⁴³ refuerza el punto de vista de los mismos cuando, queriendo protestar contra lo que, en el marxismo, es a la vez demasiado simple y demasiado grave, lo hace en nombre de lo biográfico, de la realidad prolífica de lo evenemencial. No todo habrá quedado dicho después de «situar» a Flaubert como burgués, o a Tintoretto como pequeño burgués. Estoy plenamente de acuerdo. Pero el estudio del caso concreto —Flaubert, Valéry, o la política exterior de la Gironda— termina llevando en cada ocasión a

43. Jean-Paul Sartre, «Fragment d'un livre à paraître sur le Tintoret», *Les Temps modernes*, nov. 1957, y artículo precedente citado.

Jean-Paul Sartre al contexto estructural y profundo. Este estudio va desde la superficie a la profundidad de la historia y coincide con mis propias preocupaciones. Coincidiría más aún si el reloj de arena se invirtiera en ambos sentidos, es decir, del acontecimiento a la estructura y luego, de las estructuras y de los modelos al acontecimiento.

El marxismo es una multiplicidad de modelos. Sartre protesta contra la rigidez, el esquematismo, la insuficiencia del modelo, en nombre de lo particular y de lo individual. Yo protestaré como él hace (con algunos matices), no contra el modelo, sino contra el uso que suele hacerse de él, que se han creído autorizados a hacer de él. El genio de Marx, el secreto de su prolongado poder se explica en que él fue el primero en elaborar verdaderos modelos sociales, y a partir de la larga duración histórica. Esos modelos han sido fijados en su sencillez atribuyéndoles valor de ley, de explicación previa, automática, aplicable en todo lugar y a todas las sociedades. Mientras que si se los llevara hasta los ríos cambiantes del tiempo su trama quedaría en evidencia, pues es sólida y bien tramada, reaparecería incesantemente, aunque matizada, sucesivamente difuminada o avivada por la presencia de otras estructuras, susceptibles también de ser definidas por otras reglas, y por tanto por otros modelos. De este modo se ha limitado el poder creador del más penetrante análisis social del siglo pasado. Análisis que sólo podría recuperar su fuerza y su juventud en la larga duración... ¿Debo añadir que el marxismo actual me parece la imagen misma del peligro que acecha a toda ciencia social, prendada del modelo en estado puro, del modelo por el modelo?

Lo que yo quisiera subrayar también para concluir es que la larga duración es solamente una de las posibilidades de lenguaje común en vista de una confrontación de las ciencias sociales. Hay otras. He señalado, bien o mal, las tentativas de las nuevas matemáticas sociales. Las nuevas me seducen, pero las antiguas, cuyo triunfo es patente en economía —la más avanzada tal vez de las ciencias del hombre—, no merecen una reflexión desengañada. Inmensos cálculos nos esperan en este terreno clásico, aunque existen equipos de calculadoras y máquinas de calcular cada vez más perfeccionados. Creo en la utilidad de las largas estadísticas, en la necesidad de que estos cálculos y estudios se remonten a un pasado cada día más remoto. El siglo XVIII europeo entero está sembrado de nuestras canteras de estudio, pero también lo está el XVII, y más aún el XVI. Estadísticas de una longitud inaudita nos abren, gracias a su lenguaje universal, las profundidades del pasado chino.⁴⁴ No cabe duda que la estadística simpli-

44. Otto Berkelbach, Van Der Sprenkel, «Population Statistics of Ming China», *B.S.O.A.S.*, 1953; Marianne Rieger, «Zur Finanz-und Agrargeschichte der Ming-Dynastie 1368-1643», *Sinica*, 1932.

fica para conocer mejor. Pero toda ciencia va así de lo complicado a lo simple.

Sin embargo, no olvidemos un último lenguaje, una última familia de modelos: la reducción necesaria de toda realidad social al espacio que ocupa. Digamos la geografía, la ecología, sin detenernos demasiado en estas fórmulas para elegir entre ellas. Con demasiada frecuencia se concibe la geografía como un mundo en sí, y es una lástima. Necesitaría de un Vidal de la Blache que en lugar de pensar tiempo y espacio pensara, esta vez, espacio y realidad social. A partir de entonces se daría paso a los problemas de conjunto de las ciencias del hombre dentro del estudio geográfico. Ecología: la palabra, para el sociólogo, sin que éste llegue a confesárselo, es una manera de no decir geografía y, a la vez, de esquivar los problemas que plantea el espacio y, más aún, que revela a la observación atenta. Los modelos espaciales son esos mapas donde la realidad social se proyecta y parcialmente se explica, modelos en verdad para todos los movimientos de la duración (y sobre todo de la larga duración), para todas las categorías de lo social. Pero la ciencia social los ignora de forma sorprendente. Muchas veces he pensado que una de las superioridades francesas en las ciencias sociales era esta escuela geográfica de Vidal de la Blache; nada nos consolaría si viésemos traicionados su espíritu y su enseñanza. Es preciso que todas las ciencias sociales hagan sitio a una «concepción [cada vez] más geográfica de la humanidad»,⁴⁵ como Vidal de la Blache pedía ya en 1903.

Prácticamente —pues este artículo tiene una finalidad práctica— desearía que las ciencias sociales dejarasen, provisionalmente, de discutir tanto sobre sus fronteras recíprocas, sobre lo que es o no ciencia social, sobre lo que es o no estructura... Que intenten sobre todo trazar, a través de nuestros estudios, las líneas, si es que hay líneas, capaces de orientar un estudio colectivo, y también los temas que permitieran alcanzar una primera convergencia. Personalmente, a estas líneas yo las llamo matematización, reducción al espacio, larga duración... Pero siento curiosidad por conocer las que propondrían otros especialistas. Pues este artículo, conviene decirlo, no ha sido puesto por casualidad bajo la rúbrica *Débats et Combats*. El artículo pretende plantear, no resolver, unos problemas donde desgraciadamente cada uno de nosotros, en lo que no concierne a su especialidad, se expone a riesgos evidentes. Estas páginas son un llamamiento a la discusión.

45. P. Vidal de la Blache, *Revue de synthèse historique*, 1903, p. 239.